



AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana

ISSN: 1695-9752

informacion@aibr.org

Asociación de Antropólogos Iberoamericanos  
en Red

Organismo Internacional

Rodríguez, Virginia

Reseña de "El reino de las mujeres. El último matriarcado" de Ricardo Coler

AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana, vol. 3, núm. 1, enero-abril, 2008, pp. 113-116

Asociación de Antropólogos Iberoamericanos en Red

Madrid, Organismo Internacional

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62330107>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## Reseña



Ricardo Coler

### **El reino de las mujeres. El último matriarcado**

Temas de hoy

Año 2007

190 páginas.

ISBN: 9788484606642

Precio: 18 euros

Para adquirir: <http://www.temasdehoy.es>

Virginia Rodríguez Herrero. Universidad Cardenal Cisneros de Madrid.  
Email: [virginiarodriguez@cu-cisneros.es](mailto:virginiarodriguez@cu-cisneros.es)

Ricardo Coler es periodista, fotógrafo y médico. A sus cincuenta y un años, este polifacético bonaerense ha sido director de la revista "Mujerdemivida" y es autor, asimismo, de dos libros: *Ser una diosa* (2006), que transcurre en la ciudad de Katmandú, y *El reino de las mujeres. El último matriarcado* (2007), obra sobre la que versa esta reseña.

Coler no es antropólogo de formación y ni siquiera menciona la ciencia antropológica ni una sola vez en este libro, pero su perspectiva bien podría ser considerada como tal: por lo que cuenta y cómo lo cuenta, por el objeto de estudio que construye y las herramientas que utiliza para acercarse a él, por las reflexiones que realiza y las conclusiones a las que llega.

*El reino de las mujeres* nos trae el regreso de Coler a la tierra de los Mosuo, pueblo formado por unos veinticinco mil habitantes afincados en Loshui, a orillas del lago Lugu, en la provincia de Yunnan, el lugar, como afirma el autor, "donde existe la más importante concentración de minorías étnicas del mundo" (Coler, 2007:16). No será ésta la única referencia antropológica, en términos conceptuales, encontradas en el libro. A lo largo de sus páginas vamos conociendo la vida de las mujeres y los hombres Mosuo, desde lo más general, su historia pasada, hasta lo más particular, su vida y tradiciones en relación a todo aquello que justifica el título de la obra. Es así como nos habla de una sociedad matriarcal, matrilineal y matrilocal, justificando en todo momento lo que significa y la forma que adquiere entre los Mosuo; del rito de paso que atraviesan las jóvenes para iniciarse en la vida adulta; del tipo de aldea y casa en la que viven; de su definición sobre lo que reconocen como familia y las relaciones que entablan dentro de ellas; de su estructura política y su funcionamiento económico y de las relaciones amorosas entre hombres y mujeres.

La antropología también está presente de manera latente, a través de aquello que evoca lo que vamos leyendo. Así, no resulta difícil acordarse en más de una ocasión de Margaret Mead y de su obra *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*. Por ejemplo, cuando Coler intenta desmitificar el estereotipo de una sociedad matriarcal y afirma que "Algunos la imaginan como una estructura familiar donde los roles están invertidos" (2007:33), bien podría tratarse de Mead hablando

de “Las funciones opuestas de los hombres y las mujeres Tchambuli” (1990:208) De igual manera, si las mujeres Mosuo se caracterizan por una “amistad (...) estable a lo largo del tiempo” (2007:46) ya que “son muy próximas, comparten sus asuntos y se mantienen al tanto de las novedades” (2007:78), su parecido con las mujeres Tchambuli crece, dado que éstas trabajan y cocinan juntas y se insiste en su gran camaradería. Otra de esas tres sociedades primitivas, los Arapesh, a quienes Mead califica de “sociedad ajena a la violencia” (1990:39) presenta también cierta cercanía con el pueblo Mosuo, para los que “pelearse es considerado algo vergonzoso y que nada repara. La violencia, en cualquiera de sus formas, es una de las peores bajezas. Nadie adquiere prestigio por enfrentarse con otro de manera brutal” (2007:182).

Otro posible paralelismo con obras antropológicas, estaría relacionado con el hecho de que “los Mosuo denominan familia a los que tienen entre sí un lazo de sangre directo y conviven en la misma propiedad (...); esto implica total ausencia de padres y abuelos, a quienes se desconoce o, en el mejor de los casos, se considera de otra familia” (Coler, 2007:42): ¿no encajaría perfectamente este argumento dentro de la obra *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia?*

Siguiendo con éste último libro, concretamente el capítulo que Kathleen Gough dedica a “Los nayar y su definición de matrimonio”, recuerda a la cultura Mosuo. Para estos últimos, concretamente para las mujeres que han vivido la experiencia de la ceremonia de iniciación, empieza una nueva etapa en la que disfrutarán, a diferencia de los hombres, de una habitación propia en la que entrarán “quienes ellas quieran y cuando ellas lo dispongan. En la puerta del cuarto hay un gancho de madera. Allí cuelga la gorra el compañero que ella elige para que la visite esa noche. La gorra en la puerta es una señal, le avisa a cualquier otro que venga a probar suerte de que la mujer está ocupada y no desea que la molesten” (Coler, 2007:27). Los nayar de la India de los que nos habla Gough, poseen también un rito de paso que implica cambios diversos para la vida de las jóvenes, entre ellos, la posibilidad de empezar a recibir maridos visitantes, cada uno de los cuales acude “después de la cena, por la noche, y se iba antes del desayuno, a la mañana siguiente. Colocaba sus armas junto a la puerta de la habitación” (Gough, 1991:86). El concepto de “maridos visitantes”, se asemeja mucho a la idea Mosuo del “axia” o “matrimonio andante”, consistente en que “Cada uno vive en su casa. Por la noche el hombre visita en su cuarto a la mujer con la que haya arreglado una cita” (2007: 27)

*El reino de las mujeres* habla del matriarcado, de la polémica acerca de su realidad y de otros casos, además de aquel que trata más minuciosamente el autor, casos que ha conocido de primera mano, de acuerdo con esa gran inquietud por “el otro” que empieza a manifestar ya desde el primer capítulo, cuando regresa “preparado para convivir con ellos, entrevistar a cuantos pueda y volver sobre lo que me conmovió la primera vez y no alcancé a indagar en detalle” (Coler, 2007:13) Y lo sigue siendo conforme nos describe sus encuentros y sensaciones, muy marcadas todas ellas por el choque cultural que continuamente experimenta, desde esa “sensación constante de ridículo (...) (pues) siendo un occidental tampoco es que me cueste demasiado que se corra la voz de que hay alguien extraño, muy extraño (...)” (2007:32), pasando por su convencimiento de que “sé que si quiero establecer un buen vínculo debo ser cuidadoso con las formas” (2007:43); hasta su “empeño en liberarme de prejuicios, en repetirme que, si quiero entender, es mejor que renuncie a mis

parámetros (...)” (2007:155) ya que “soy un observador y supongo que mi presencia (...) terminaría por modificar la escena en la que estoy reparando” (2007:171).

El discurso de Coler es contradictorio en ocasiones y es entonces cuando se aprecia la falta de un rigor antropológico. Sobre todo en cuestión de un análisis de relaciones de género. Por ejemplo, cuando reflexiona acerca de *lo femenino*, se refiere a ello como un misterio “incomprensible para el hombre (...) (que le lleva a) (...) Tratar de entender cómo piensa una mujer como uno de los motivos por los que queremos tener una cerca” (2007:34). Con ello defiende el estereotipo de la tradicional “guerra de los sexos”, es decir, de esa construcción cultural escondida muchas veces en una supuesta realidad natural. Ello sorprende, tratándose precisamente de la descripción de una cultura tan particular, en términos de género, como es la Mosuo. Realizar afirmaciones categóricas del tipo “en el paraíso femenino, para concertar un encuentro erótico, se estila una manera directa, más cercana a la forma masculina. Tres apretones de manos” (2007:166) o aquella otra según la cual “en el reino de los hombres las mujeres trabajan y en el reino de las mujeres los hombres descansan” (2007:185), llevan a la confusión, pues refuerzan modelos y prejuicios al generalizar en exceso. Se echa en falta una visión de género más sólida, una perspectiva antropológica que cuide el tipo de lenguaje utilizado.

Considera el autor que para encontrar hogares donde el padre y el marido constituyen una figura ausente, no hace falta más que darse una vuelta por el barrio en el que él vive. Eso sí, asegura igualmente que existe una gran diferencia, y ésta reside en que “la mujer Mosuo (...) siente que ése es su sitio. Ella no anhela conocer al hombre de su vida (...) Las situaciones similares que han florecido en Occidente se colocan más del lado de la resignación que del convencimiento y, por lo general, tuvieron en el pasado alguna situación traumática que no pudieron remontar” (2007:135-136). Hablar de resignación y de trauma en este caso, es negar la evidencia de que la familia se está reestructurando, no que se desestructura. Pese a que el propio Coler, más adelante, afirma que “la idea de hombre o mujer ideal, la fantasía de que en el otro sexo hay alguien que es nuestra mitad equivalente (...) es sólo una característica de nuestra cultura” (2007:159), se desearía en conjunto una línea discursiva coherente que no se dejara llevar por la subjetividad.

Con todo ello, la balanza se inclina a favor de aquellas reflexiones del autor que cuestionan una y otra vez la definición de los roles de padre y madre, y las relaciones de éstos con sus hijos, pues es el “Mosuo un pueblo donde sólo es posible ser huérfano de madre. Donde valdría la pena reevaluar el complejo de Edipo, tal y como se lo entiende de manera clásica y, honestamente, pensar si no es un mito inadecuado para universalizar” (2007:85). Hay que tener muy presente ese sentimiento constante de sorpresa que logra muy bien transmitir a través de una adecuada escritura y una lectura amena y cercana.

Una obra de un gran interés, sin duda alguna, con tintes de novela, libro de viajes y monografía antropológica, con la que poder pensar, como lo hace Ricardo Coler, que “mi historia necesita una revisión. Lo que me parecía seguro y propio de mi condición humana requiere un repaso. Ahora ya no me resulta ni tan seguro ni tan propio de la condición humana, sino una especie de libreto fabricado para poder manejarme en el lugar y tiempo que me toca vivir” (2007: 174) Y así, extrañarnos de lo obvio y sorprendernos de lo ajeno.

*Referencias Bibliográficas*

Coler, Ricardo (2007) *El reino de las mujeres. El último matriarcado*. Madrid: Ediciones Temas de hoy.

Mead, Margaret (1990) *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*. Méjico: Ediciones Paidós.

Lévi-Strauss, C., Gough, K. y Spiro, M., (1991) *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*. Editorial Barcelona: Editorial Anagrama.